

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas

Cuaderno 34 de ocho entregas

MADRID

JOSE ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1873

L47
2250

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS—MADRID

EL MANUSCRITO

UNA MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

DE

ENRIQUE PEREZ ESCHICH

ILUSTRADA CON LAMINAS TIRADAS A MANO Y DIBUJADAS

DE

D. Eusebio Llanas

Madrid, 24 de octubre de 1900

MADRID

JOSE AZORIN Y COMPAÑIA EDITORES

Calle de las Hileras, número 14

1900

El duque no se atrevió á interrumpir aquella pausa que colocaba Clotilde en medio de su relacion. Comenzaba á adivinar un drama de familia á través de aquellas lágrimas y bajo la hermosa frente de Clotilde, que se inclinaba sobre el pecho como avergonzada.

Cuando la hija del general Lostan hubo tomado un poco de aliento; hubo repuesto, por decirlo así, sus fuerzas, levantó poco á poco la frente, y fijando una mirada dolorosa en el duque, continuó de este modo:

—Daniel supo encontrarme: me amaba con toda su alma, con toda la vehemencia del primer amor, y una noche que yo, solitaria, desterrada en las orillas del lago Lemán, me entregaba á esa dulce y dolorosa vida de los recuerdos, sentí que un hombre, un pobre barquero que guiaba nuestra barca por el lago, introducía en una de mis manos un papel. A su contacto se estremeció mi corazón, y comprendí que no podía ser de otro que de Daniel. Era suyo; me anunciaba su llegada y me pedía una cita para poner fin á nuestra violenta situación. ¿Qué podía yo hacer, pobre enamorada, sino concedérsela? Además, leía en la hermosa alma de Daniel como en la mía, y no me inspiraba ninguna desconfianza.

Nos vimos, y convinimos la manera de romper esos lazos que violentaban nuestras voluntades.

Daniel me propuso que un sacerdote nos uniera para siempre. El conde de la Fe era nuestro protector, le habia nombrado su heredero, y por consiguiente Daniel era más rico que yo.

Además, tenía la confianza de que mi padre perdonaría aquella falta de obediencia.

Acepté las proposiciones, y convinimos en que al día siguiente, á las doce de la noche, él me esperaría á la entrada del bosque, en donde debia hallarse tambien un carruaje para conducirnos hasta la iglesia católica de un pueblo inmediato, en donde un sacerdote debia bendecir nuestra union.

—Afortunadamente,—continuó Clotilde ahogando un suspiro,—mi padre supo todo esto, y asombrado de nuestro empeño y temiendo la gran desgracia que iba á caer sobre nosotros, se decidió á revelarme el fatal secreto que le obligaba á no dar su consentimiento.

Entonces colocó sobre mi mesa de noche un manuscrito que iba á revelármelo todo.

Apenas mis ojos se fijaron en la primera página, un estremecimiento general, una emocion desconocida, agitó mi cuerpo; me quedé aterrada, porque la lectura de aquellas páginas me revelaban que Daniel era mi hermano.

El asombro se pintó en los ojos del duque.

—¡Su hermano!—murmuró en voz baja.

—Sí, mi hermano. La tenacidad de mi padre quedaba explicada. A las doce en punto, Daniel acudió á la cita, y yo, embebida en la lectura de aquellas páginas, habia olvidado la hora.

Daniel, cansado de esperarme y temiendo que me hubiese sucedido alguna desgracia, entró en la casa resueltamente á buscarme. Nadie se opuso. Las puertas estaban abiertas de par en par. Preguntó con audacia

por mí á los criados, y todos, que sin duda habian recibido órdenes de mi padre, le indicaron que yo me hallaba en mis habitaciones?

Daniel llegó por fin hasta donde yo estaba. Me encontró leyendo el manuscrito, y yo al verle me arrojé en sus brazos, diciéndole: ¡Hermano mio! ¡Dios ha querido salvarnos! ¡Lee y llora!

Clotilde, anegada por las lágrimas, tuvo que suspender su relato.

El duque se sentia verdaderamente absorto ante aquella revelacion inesperada.

Verdaderamente, era providencial que Clotilde y Daniel se hubiesen salvado.

La pureza de su amor, la sublime castidad de sus almas, les habia evitado un crimen; un crimen cuya vergüenza sólo debia caer sobre la frente del general Lostan, pero que es indudable que los hubiera alcanzado á ellos.

—Serénese usted, Clotilde; está usted afectada.

—¡Oh! no, no; estas lágrimas que vierto me hacen mucho bien. Al recordar el peligro con espanto, al ver el hondo abismo sobre el que hemos tenido colocados nuestros piés, y al pensar que nos hemos salvado, mi alegría es inmensa. Porque, no le quepa á usted duda alguna, señor duque, si hubiéramos llegado á consumir el crimen, ni Daniel ni yo hubiéramos podido soportar tanta vergüenza, y hubiéramos puesto fin á nuestra existencia.

—Pero cuando Daniel supo que era hijo del general Lostan, ¿qué dijo?—preguntó Alvaro.

—La narracion que yo puse en sus manos, el manuscrito que le revelaba el origen de su nacimiento, estaba escrito por su madre. Sus páginas respiraban la ternura y el perdon. Era el relato de una mártir que de antemano habia hecho el sacrificio de su vida y de sus derechos. Yo ví primero las lágrimas en los ojos de Daniel, como un tributo de ternura filial dedicado á su madre; luego apareció en su frente una nube sombría, que poco á poco fué disipándose para dejar su puesto á la dignidad y al decoro, y estas palabras se escaparon de sus labios: «Mi padre me olvidó en mi infancia, me cerró luego las puertas de su casa: el corazon me dice que no me ama; yo no debo, pues, con mi presencia turbar la paz de tu hogar, querida Clotilde, y como me siento por tí dispuesto á sacrificar hasta la existencia, yo sé lo que debo hacer.»

Aquí Clotilde no pudo continuar.

Se le oprimió el corazon; cerráronse sus ojos, y el duque, observando que su cuerpo se inclinaba sin fuerzas sobre el piano, se apresuró á sostenerla, diciendo al mismo tiempo:

—Doña Mercedes, Clotilde se pone mala.

Doña Mercedes se despertó sobresaltada, y como viera al duque de San Plácido que sostenia el desfallecido cuerpo de Clotilde, exclamó:

—¡Pero Dios mio! ¿qué es lo que sucede?

—No se sobresalte usted, señora, es un ligero desmayo,—contestó el duque, que no estaba ménos aturdido que el ama de gobierno.

Afortunadamente, antes que doña Mercedes albo-

rotara la casa con sus lamentos, retornó Clotilde de su desmayo, abrió los ojos, y exhalando un profundo suspiro, dijo con acento vacilante:

—No es nada; un ligero desvanecimiento y nada más.

Estas palabras tranquilizaron á doña Mercedes, y entre ella y el duque condujeron á Clotilde hasta un sofá.

Una sonrisa que asomó á los labios de la hija del general, volvió, por decirlo así, el alma al cuerpo á doña Mercedes, que volviendo á ocupar su sillón, completamente tranquila, se dispuso á reanudar su interrumpido sueño.

Mientras tanto, Clotilde dijo en voz baja al duque:

—Amigo mio, pido á usted perdon por el susto que le he dado, y vuelvo á recomendarle al pobre desterrado que está en Horche.

—Ofrezco á usted tratarle como á un hermano; tengo un gran interés en asegurar su felicidad.

—¡Ah! es usted el primero de mis amigos.

—Sólo deseo que me dé usted mucho tiempo ese nombre.

—¡Quién sabe! tal vez con el tiempo podré llamar á usted mi hermano del corazón.

—Yo por mi parte procuraré hacer méritos para conquistarme ese dulce nombre.

—¿Cuándo piensa usted partir?

—Probablemente mañana.

—Excuso decir á usted, que Daniel debe ignorar el secreto que le he revelado.

—Lo guardaré en lo más profundo de mi corazón.
 —No olvide usted que espero con impaciencia el resultado de su entrevista con Daniel.
 —No lo olvidaré.

Y el duque sedes pidió de Clotilde, estrechando fraternalmente su mano.

Una sonrisa que asomó á los labios de la hija del general, volvió, por decirlo así, el alma al cuerpo á doña Mercedes, que volviendo á ocupar su sitio, completamente tranquila, se dispuso á renovar su interrumpido sueño.

Mientras tanto, Clotilde dijo en voz baja al duque: —Amigo mío, pido á usted perdón por el susto que le he dado, y vuelvo á recomendarle al pobre desterrado que está en Horche.

—Ofrezco á usted tratarle como á un hermano; tengo un gran interés en asegurar su felicidad.
 —¡Ah! es usted el primero de mis amigos.
 —Solo deseo que me dé usted mucho tiempo ese

nombre.
 —¿Quién sabe! tal vez con el tiempo podré llamar á usted mi hermano del corazón.
 —Yo por mi parte procuraré hacer méritos para

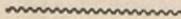
comprármelo ese dulce nombre.
 —¿Cuándo piensa usted partir?
 —Probablemente mañana.
 —Exceso decir á usted, que Daniel debe ignorar el

secreto que le he revelado.

LIBRO OCTAVO



IMPOSICIONES



LIBRO OCTAVO

IMPOSICIONES

CAPÍTULO PRIMERO

Los nuevos planes del conde de la Fe

El conde de la Fe, desde su regreso de Suiza, contaba con dos servidores dispuestos á secundar todos sus pensamientos, sin que le detuvieran ni los peligros ni la responsabilidad en que pudieran incurrir.

Bien es verdad que tenian un buen padrino, porque el conde, inmensamente rico y dominado por la idea de venganza que germinaba en su corazon, estaba dispuesto siempre á sacar adelante á sus cómplices.

El dia que nos ocupa, el conde de la Fe se hallaba en su biblioteca, especie de jaula donde iba á encerrarse en las horas de mal humor, cuando oyó la voz de Lorenzo, que le pedia permiso para entrar.

Lorenzo habia reemplazado á Castro en ciertas funciones, porque el conde, que hacia un profundo estudio de todos aquellos que tenia bajo sus órdenes, habia reconocido en Lorenzo una actividad y una energía muy

propias para utilizarlas en pro de su soñada venganza.

Además, Lorenzo era un hombre dispuesto para todo, con un corazón entero, un alma resuelta, y cuyo brazo no hubiera vacilado en hundir un puñal en el pecho de un hombre.

Por otra parte, conociendo el conde que era un pobre mortal sujeto á todas las eventualidades de la vida, comenzaba ya á tener impaciencia por ver realizada su venganza, que iba prolongándose de una manera desesperadora.

Dejándose llevar por la maldad de sus sentimientos, se habia propuesto atormentar incesantemente al general, proporcionándole frecuentes disgustos de familia, hasta que llegara el dia en que, sin faltar á su juramento, pudiera poner de manifiesto á los ojos de la sociedad las infamias de su enemigo.

Las pretensiones del baron de Labra habian venido á ser un nuevo pretexto para zaherir el amor propio del general.

El conde no ignoraba las condiciones morales de Ernesto, y que introduciéndole en la familia del general, no habian de faltarles disgustos.

Por eso, nombrándose voluntariamente su padrino, se habia propuesto casarle con Clotilde.

Lorenzo era el encargado de proteger esta intriga: por eso, al verle asomar por la puerta de la biblioteca, dejó el libro que tenia en las manos sobre la mesa, y acomodándose lo mejor que pudo en el sillón como el que se dispone á oír cosas que han de serle agradables, dijo:

—¡Ah! ¿eres tú, Lorenzo? Supongo que me traerás buenas nuevas.

—Al contrario, señor conde, las traigo muy malas.

—¿Conque muy malas, eh?—volvió á preguntar el conde, sonriéndose de un modo mefistofélico;—habla, hombre, habla, y sepamos lo que sucede.

—He tenido una entrevista con la doncella de la señorita Clotilde.

—Bien me parece. ¿Y qué dice esa muchacha?

—Que su ama está resuelta á no dar la mano al baron de Labra.

—Pero yo confío que su padre le obligue á aceptar por esposo á mi recomendado.

—Mucho dudo, señor conde, que el general logre el consentimiento de su hija.

—Tambien cuento con el apoyo de la marquesa del Rádío.

—A pesar de eso, señor, creo que no conseguiremos nada.

—¿Y por qué razon?

—Porque la niña se empeña en no aceptar el novio que le proponen.

—Eso, querido Lorenzo, entre la gente de la aristocracia no es un obstáculo. Con frecuencia se ven casamientos de conveniencia entre dos individuos que se odian cordialmente.

—No es esa la causa por que yo creo que no se realizará ese casamiento.

—¿Pues por qué? Te parece á tí que el general

Lostan arrojará por la ventana un título de vizconde y una buena cantidad de millones.

—¡Quién lo duda! Siempre que encuentre un título de duque y doble cantidad de millones para su hija.

—¡Cómo! explícate; á ver,—repuso el conde con interés.

—Usted mismo acaba de decirme que en la aristocracia se contratan muchos casamientos de conveniencia.

—Es claro.

—Supongamos por un momento que un duque inmensamente rico, con un alma noble y generosa y una inteligencia poco comun, se ha presentado á pedir la mano de Clotilde poco despues que la hubiera solicitado el baron de Labra. Nada tendria, pues, de particular que el general aceptara las proposiciones del duque, rehusando las del baron.

—Pero ¿crees tú que un duque solicite la mano de Clotilde?

—Al ménos, todas las circunstancias me lo hacen sospechar.

—¿Y quién es ese duque?

—El de San Plácido.

—¡Hola! Ese es un título á quien no podria poner una tacha el noble más encopetado. Pero sepamos los motivos que tienes para que sospeches que tenemos en plaza un nuevo adalid.

—En primer lugar, hace muy pocos dias, en un almuerzo al que asistió el baron de Labra, le dijo el mismo duque en persona que era tiempo perdido el

que empleara en la conquista de Clotilde, porque Clotilde, ni le amaría nunca, ni consentiría jamás en darle la mano de esposa.

—¡Oh! hé ahí una impertinencia, que en mis tiempos hubiera sido motivo de desafío.

—Pues el baron de Labra no ha tenido por conveniente cruzar su espada con el duque de San Plácido.

—Adelante: me has dicho el primer motivo, y supongo que tendrás algo más que referirme.

—Sí; he sabido por la doncella de la señorita Clotilde, que el duque pasa la mayor parte del día en aquella casa, que la acompaña por las noches al teatro, y otra porción de particularidades que me hacen sospechar que el duque se halla en ese período encantador del pretendiente bien recibido.

—Si todo eso es cierto, es verdaderamente un gran obstáculo para mis planes.

—¡Oh! y muy grande, señor.

—Vamos á ver, Lorenzo,—añadió el conde, después de algunos segundos de meditacion;—¿qué opinas tú que se debe hacer para lograr que el baron de Labra sea el esposo de Clotilde de Lostan?

—Ante todo, señor, convendría mucho no perder tiempo.

—Creo lo mismo.

—Usted, según me ha dicho muchas veces, tiene una terrible arma suspendida sobre la cabeza del general Lostan y de la marquesa del Rádio, y que no se atreverían, por miedo de que esa arma les hiriese de muerte, á negarle nada de cuanto les pidiera.

—Y es la verdad.

—Pues bien; creo que ha llegado el momento de que obre usted con energía, de que imponga usted condiciones, fijando un plazo para herir de muerte, si no son aceptadas. Y si el general tiene el atrevimiento de venir como otras veces á proponer un ridículo duelo á muerte, entonces yo, que tanto tengo que agradecer al señor conde, sabré librarle de todos los peligros que le amenazan.

—Gracias, Lorenzo; sé que eres un servidor leal, y no lo echaré en olvido; y pues me has aconsejado que no debe perderse el tiempo, voy á escribir una carta, que tú mismo llevarás en el acto al general Lostan, y que no será otra cosa que una enérgica declaración de guerra. Puedes fumar un cigarro mientras tanto; no tardaré mucho en concluir.

El conde cogió papel y pluma, y escribió lo que á continuación copiamos:

«Señor general: Hace más de diez y seis años que guardo un secreto en el fondo de mi corazón, que es para usted la muerte civil, la deshonra, el oprobio.

»Hace diez y seis años que, esclavo de mi palabra, permanecen mis labios cerrados, á pesar de los insultos y los desprecios que usted me ha hecho.

»La paciencia, señor general, tiene sus límites, y á todo sufrimiento le llega la hora de su término.

»Sé que usted y la señora marquesa contestan con evasivas á las justas pretensiones de mi recomendado el baron de Labra.

»Voy á dirigirme á usted por la última vez; voy á

figarle á usted un plazo para que se realicen mis deseos. Si este termina sin conseguir lo que anhelo, entonces, general, no será mia la culpa si olvido mi juramento y vuelve á establecerse entre los dos una guerra sin cuartel, una guerra á cuchillo.

»Si en el término de un mes, á contar desde hoy día de la fecha, su hija de usted Clotilde no es la esposa del barón de Labra, yo entonces, arrancándole á usted la máscara, diré á todos aquellos que hoy se envanecen al estrechar su mano: «No le toqueis; su contacto mancha como el de un leproso; ese hombre es un infame, que no merece vuestra amistad.»

»Sé que estas palabras son muy duras; pero usted me obliga á escribirlas.

»Será inútil que venga á proponerme un desafío como en otro tiempo. Mi brazo no tiene fuerza para empuñar una espada; pero rey de mi casa, aún conserva la suficiente energía para disparar un arma de fuego sobre el pecho del villano que venga á ella á insultarme.

»Yo deseo la paz: si usted prefiere la guerra, ¡guerra á muerte!

»EL CONDE DE LA FE.

»8 de Setiembre de 186...»

El conde leyó para sí la carta, se sonrió, encontrando su estilo bastante insultante, y luego, doblándola y metiéndola en un sobre, dijo á Lorenzo:

—Toma; procura entregarla al general Lostan lo más pronto posible.

—Antes de una hora, si se halla en sus casa, estará en su poder.

Lorenzo salió.

El conde, al quedarse solo, cogió el libro que poco antes habia dejado sobre la mesa, y sonriéndose de una manera satánica, murmuró en voz baja:

—Hoy tendrá un mal día el pobre general, y al pensar el efecto que va á producirle la lectura de mi carta, parece que siento refrescarse mi alma.

CAPÍTULO II

Matar ó morir

Serian las cuatro de la tarde.

El general había pedido un caballo, pues deseaba dar un paseo, cuando Santiago, su ayuda de cámara, entró con una carta, cuyo sobreescrito tenia arriba la palabra *urgente*.

El general, creyendo que aquella carta seria de alguno de sus amigos políticos que le consultaria algo grave, rompió el sobre y se puso á leer con interés.

Al terminar la primera línea, su rostro estaba descompuesto; buscó la firma, y dijo:

—¡Ah! ¡es del conde de la Fel!... ¡debia haberlo sospechado!... Está visto, ese hombre se ha propuesto que yo le mate.

Y dejándose caer en una silla, continuó leyendo con bastante agitacion.

Santiago le contemplaba en silencio, sospechando que algo grave le decian al general en aquella carta.

El semblante de don Pedro se trasformaba más y más á manera que avanzaba la lectura de la carta, pasando con rapidez increíble del rojo amapola á la lividez de la muerte.

Cuando terminó la lectura, un rugido espantoso se escapó de su pecho; estrujó la carta con rábia, y dos lágrimas ardientes como el fuego brotaron á sus ojos.

—¡Infame!... ¡cobarde!...—exclamó el general;— ¡me propones una guerra á muerte!... ¡sin cuartel!... ¡á cuchillo!... ¡y para librar el cuerpo de las heridas que pueda hacerte mi espada, dices que tu brazo es viejo y débil para sostener un arma!... ¡Ah, lo vamos á ver muy pronto!... ¡sí... muy pronto; yo te lo aseguro!...

Y el general, levantando con orgullo la frente como si se dispusiera á desafiar los peligros que le amenazaban, añadió:

—¡Dices que el rey de tu casa aún conserva suficiente energía para disparar un arma de fuego sobre el pecho del villano que vaya á insultarte!... Pues bien; yo te juro que ese á quien tú llamas villano, porque se ha sabido conquistar con su valor los títulos nobiliarios de su escudo, te arrancará el corazón, y luego se complacerá en morderle.

Santiago permanecía inmóvil, sin atreverse á dirigirle la palabra; tal era el estado de furor en que se encontraba su amo.

Don Pedro descargó un terrible puñetazo sobre su misma rodilla, se levantó y se puso á dar paseos precipitadamente.

Santiago fué á colocarse á un extremo de la habitación, esperando órdenes.

—¡Ah!... ¡parece increíble que existan seres tan perversos sobre la tierra!—volvió á decir el general, como si hablara consigo mismo;—¡impotente para luchar conmigo, dirige sus flechas emponzoñadas sobre el corazón de mi hija, que ningún daño le ha hecho... Y ese hombre se llama noble y está orgulloso de los pergaminos que le dejaron sus antepasados, rojos de vergüenza en sus tumbas, si es que saben su miserable proceder!...

El general se detuvo; cruzó los brazos sobre el pecho, agitó la cabeza y guardó silencio.

Entonces Santiago se decidió á perder su inmovilidad, y adelantando algunos pasos, colocóse junto á su amo y dijo con acento pausado:

—Señor, hace muchos años que me hallo al servicio de esta casa; desde el primer día que tuve esa honra, comencé á recibir grandes beneficios, que no puede olvidar un alma agradecida. Si con el sacrificio de mi vida es bastante á ahorrar al señor general una sola de las lágrimas que queman sus ojos, dispuesto estoy á dársela.

A manera que el ayuda de cámara hablaba, el general iba calmando su agitación.

Cuando Santiago concluyó, don Pedro levantó la cabeza, exhaló un suspiro, y tendiéndole una mano á su leal criado, dijo:

—Gracias, Santiago. Sé lo que vales, lo que me quieres, y conozco tu nunca desmentida lealtad; pero

se trata de una cuestion puramente personal; á no ser así, aceptaria tu ofrecimiento. Ya sospecharás que se trata del conde de la Fe.

—Lo he sospechado, señor.

—Ese viejo infame se ha propuesto acibarar los últimos dias de mi existencia, y quiere imponerme por yerno al baron de Labra.

—Pero la señorita Clotilde tengo entendido que no ama al baron.

—Le aborrece; pero el conde quiere casarles,—añadió el general sonriéndose de un modo doloroso,—en el término de un mes, ó de lo contrario, afirma, que se vengará de mí de un modo sangriento.

—¿Quiere, pues, ese hombre la infelicidad de la señorita?—preguntó Santiago, frunciendo el semblante de un modo amenazador.

—Quiere atormentar mi existencia.

—Entonces será preciso hacerle morder la tierra por la cuarta vez.

—Rechaza toda provocacion, todo lance, con el pretexto de que es muy viejo.

—El que es atrevido para insultar y amenazar, no debe ser viejo para batirse.

—Eso mismo pienso demostrarle antes de mucho.

—No olvide usted, general, que mi brazo está á las órdenes de usted.

—Vuelvo á darte las gracias; pero esta, como te he dicho, es una cuestion puramente mia. Si el conde de la Fe se ha propuesto darme un mal dia, puede estar satisfecho de haberlo logrado. Da orden de que de-

sensillen mi caballo, y dile á la marquesa que tengo precision de verla.

Santiago saludó, y salió de la habitacion.

El general se dejó caer en una butaca; desdobló la arrugada carta, que aún conservaba en la mano, y comenzó á leerla de nuevo.

—Parece imposible que exista un hombre tan audaz.

Y el general leyó en voz alta el siguiente párrafo de la carta:

«Si en el término de un mes, á contar desde hoy día de la fecha, su hija de usted Clotilde no es la esposa del baron de Labra, yo entonces, arrancándole la máscara, diré á todos aquellos que hoy se envanecen al estrechar su mano: «¡No le toqueis, su contacto mancha como el de un leproso!... ese hombre es un infame que no merece vuestra amistad!...»

Una sonrisa, que parecia respirar sangre, asomó á los labios del general.

—Es preciso que yo mate á ese hombre. Mientras respire, mientras viva... su único afan será vengarse. Este problema está resuelto: ¡matar ó morir!... Yo he cometido un crimen, que he expiado moralmente de una manera terrible. Todos mis sacrificios, todos mis sufrimientos, no han sido bastantes para lograr mi objeto. Mi secreto ha dejado de serlo; lo conocen otros que el conde de la Fe, si bien estos están interesados en no revelarlo. Pero el conde de la Fe es el más terrible de todos mis enemigos.

El general se pasó la mano por la frente.

Habia llegado para él el instante de la reflexion; instante sublime, que muchas veces salva á los hombres de grandes peligros.

La ira es el peor consejero. La calma, la meditacion, la frialdad, suelen vencer grandes obstáculos.

El general, despues de exhalar la exploxion de rábia que le habia producido la lectura de la carta, comenzaba á serenarse.

El mismo lo habia dicho: el conde era un enemigo terrible; era preciso, pues, atacarle con la astucia de la zorra, y no con la bravura del leon.

Hay enemigos que se matan con el puñal, y nunca con la espada: se les ataca por la espalda, y jamás por el pecho.

El carácter impetuoso del general, su bravura valiente, y acostumbrado á afrontar los peligros cara á cara, rechazaban la conducta hipócrita y traidora de los cobardes.

Su inmensa alegría, su inconcebible placer, hubiera consistido en ver al conde de la Fe delante de él con una espada en la mano, y luchar con él noblemente hasta morir ó matar; pero esto era imposible, y por consiguiente comprendió que necesitaba tomar otro camino más hartero para librarse de tan terrible enemigo.

—Sí, es preciso, aunque me cueste suma violencia arrastrarme como la culebra, hasta que llegue el momento que pueda enroscarme por su cuello y extrangularle,—se dijo hablando consigo mismo;—él me pone un mes de plazo; yo lo acepto, y aun me parece muy largo.

Santiago volvió á entrar y dijo:

—La señora marquesa espera al general en su gabinete.

—Está bien, Santiago; puedes retirarte, ó por mejor decir, espérame aquí; porque despues de la conferencia que voy á tener con la marquesa, probablemente te necesitaré.

—Estoy, como siempre, á las órdenes del señor general.

Don Pedro se levantó, arregló un tanto su traje, dobló cuidadosamente la carta que habia estrujado poco antes, y salió de la habitacion diciendo para sí:

—Poco ó nada debo esperar de la marquesa; pero es preciso que sepa los peligros que me amenazan y á lo que estoy resuelto.

Santiago volvió á entrar y dijo:

—La señora marquesa espera al general en su gabinete.

—¡Basta bien, Santiago; puedes retirarte á tu casa.

Por decir, espérame aquí; porque después de la confusión

en que voy á tener con la marquesa, probablemente te

CAPÍTULO III

—Estoy, como siempre, á las órdenes del señor conde.

—Bueno.

Don Pedro se levantó, arregló su traje y salió.

La calma despues de la tempestad

antes, y salió de la habitación diciendo para sí:

—Poco á nada debo esperar de la marquesa; pero

La marquesa del Rádio, aunque habia accedido á vivir bajo el mismo techo que el hombre á quien más odiaba en el mundo, sólo le veia á la hora de comer.

Doña Beatriz pasaba las demás horas del dia encerrada en sus habitaciones, procurando disimular, por consideracion á su hija, el desprecio que le inspiraba su esposo.

La marquesa calculó que algo grave debia suceder cuando el general se atrevia á pedirle permiso para visitarla, y se dispuso á recibirle con la gravedad de siempre.

Las escenas entre el general y doña Beatriz hacia mucho tiempo que eran tan violentas como desagradables; así es, que la marquesa, con su traje negro, su rostro pálido y grave, tomó asiento en un sillón y esperó á su esposo.

Cuando el general entró en el gabinete, recibió el

mal efecto de la fría y severa mirada de la marquesa, que inmóvil como una estatua, ni siquiera se dignó dedicarle un ligero saludo con la cabeza.

El general avanzó también con gravedad hasta colocarse á tres pasos de distancia de doña Beatriz, y después de saludarla, inclinando un poco la frente, la dijo:

—Ya supondrá usted, señora, que cuando me atrevo á molestarla después de haberseme prohibido traspasar los dinteles de esta habitación, es porque tendré algo importante que comunicarle.

La marquesa del Rádío afirmó las palabras del general con un imperceptible seco movimiento de cabeza.

—Usted sabe, señora,—añadió don Pedro,—el odio, hijo de su impotencia, que hace años me profesa el conde de la Fe; su único placer consiste en exasperarme, en turbar la paz de mi hogar, y falto de valor para luchar conmigo frente á frente, me hiere á traición, porque me teme.

El general se detuvo. La marquesa continuó guardando silencio.

—Primero,—volvió á decir don Pedro,—sabedor por una rara casualidad de mi secreto, se complacía en despedazar el corazón de usted. Luego, sabiendo el sagrado parentesco que unía á Clotilde y Daniel, alimentó las pretensiones de este, hasta tal punto, que faltó poco para que sucediera una gran desgracia; y últimamente, ha venido con exigencias, pidiendo la mano de nuestra hija para su ahijado el barón de Labra, á quien él conoce perfectamente, y sabe que no es hom-

bre para hacer la felicidad de la mujer que con él se una.

Aquí hubo otra corta pausa, y como la marquesa nada dijo, el general continuó de este modo:

—Tres veces me he batido con ese hombre despreciable, y las tres veces he salido victorioso; hoy deploro mi generosidad de entonces, porque si al verle tendido á mis piés le hubiera aplastado como á una víbora venenosa, muchos serian los disgustos que me hubiera evitado.

—Recuerde, general,—dijo por fin doña Beatriz,—que me está usted refiriendo una historia que hace tiempo procuro olvidar.

—Cierto, señora,—contestó don Pedro, inclinándose y disimulando el mal efecto que aquellas palabras le causaban.—Recuerdo á usted una historia que sabe, historia del pasado, que sirve de introduccion á una carta que acabo de recibir hoy del conde de la Fe, y cuyo contenido es para mí de la mayor gravedad.

—¡Para usted!... ¿Qué me importan á mí los asuntos personales de usted, general?...—preguntó con marcado desden la marquesa.

—Si la cuestion fuera mia exclusivamente,—añadió el general, procurando dominarse,—no hubiera venido á molestar á usted, señora. Sé que entre nosotros dos hay un abismo que nos separa. Pero algunas veces, ese abismo se estrecha, se hace practicable, y lo salvamos mutuamente para unirnos, si no por nosotros, por nuestra hija.

Doña Beatriz fijó una mirada en su esposo, que revelaba un principio de curiosidad.

—¿Importa esta entrevista á mi hija Clotilde?— preguntó.

—Mucho, señora.

—Entonces debia usted haberse ahorrado hablar de otra cosa.

La marquesa no perdía jamás la ocasion de herir la susceptibilidad del general; pero este creía tan legítimo el ódio que le profesaba, que sabia dominar su carácter.

Sacó pausadamente la carta del bolsillo, la entregó á la marquesa, y dijo:

—En esta carta verá usted, señora, lo que el conde de la Fe me exige, y la forma que emplea; y luego, si es usted justa, conociendo mi carácter, comprenderá cuánto habré tenido que violentarme para no haberle enviado ya esa carta envuelta en una bala.

La marquesa leyó la carta sin que ni un solo músculo de su rostro se descompusiera. Aquella impassibilidad, tan admirable como incomprensible, terminó de repente al leer las últimas palabras de la carta.

—Efectivamente, caballero,—dijo,—esta carta es infame. El conde podia vengar sus agravios con usted; pero no con mi inocente hija: ¿qué piensa usted hacer?...

—Matar á ese hombre,—contestó el general con resolucion.

—Eso no es tan fácil como usted supone. Aquí acabo de leer un párrafo, el cual me indica que el con-

de está preparado para cualquier acto de violencia que usted intente cometer... téngalo usted presente, general; dice á sí: «Será inútil que venga usted á proponerme un desafío como en otro tiempo. Mi brazo no tiene fuerza para empuñar una espada; pero rey de mi casa...»

—Sí, sí, recuerdo ese párrafo como toda la carta; sé que el conde es bastante cobarde para escribirla; pero ya que él ha empleado la astucia para herirme, yo, violentando mi carácter, la emplearé también para exterminarle.

Y el general, fijando una mirada fría y penetrante en su esposa, añadió cambiando de tono:

—Yo supongo que por esta vez la señora marquesa se unirá conmigo para salvar el honor de la familia, gravemente amenazada.

—No comprendo lo que usted quiere proponerme,— dijo la marquesa.

—Yo procuraré explicarme.

—Hable usted, caballero.

—El conde de la Fe, poseedor de mi secreto y enemigo irreconciliable, hace muchos años que abriga y acaricia en el fondo de su corazón la idea de la venganza. Viejo y achacoso, teme morir sin realizar su bello ideal. Un juramento, al que no podía faltar como caballero, le imponía silencio; buscó, pues, otro camino para vengarse de un modo más cruel, más terrible que hiriendo mi cuerpo, y usted recordará, señora, toda la espantosa intriga cuyo desenlace tuvo lugar en las orillas del lago Lemán.

—Sí, sí, lo recuerdo, y aún me espanta el gran peligro que corrió mi pobre hija.

—El conde volvió á jurar de nuevo que guardaría el mayor secreto, que sus labios no se abrirían para denunciar mi falta; pero la idea de su venganza habia echado profundas raíces en su pecho, y aunque se vió derrotado, no desistió de su empeño. Astuto y maquinador, cuando regresó á España continuó buscando el modo de vengarse; y así como en otro tiempo se habia servido del baron de Labra para inspirar celos á Daniel, hoy vuelve á fijar sus ojos en ese jóven, tan pervertido como degradado, y sabiendo que nuestra hija le odia, supone que esta boda seria un elemento de disgustos para nuestra familia, y quiere imponérsela.

—Pero yo no violentaré jamás la voluntad de mi hija.

—Ni yo tampoco, señora; pero es preciso obrar con mucha prudencia, porque el conde podria revelar al baron de Labra nuestro secreto, y entonces...

El general se estremeció, y pasándose la mano por la frente como si quisiera desechar tristes pensamientos, añadió:

—Me concede un mes de tiempo para decidirme. Sé que seria inútil proponerle un duelo á muerte; duelo que yo aceptaria con mucho placer, dejándole al conde la eleccion de las condiciones. Porque si él tenia la suerte de matarme, su venganza quedaba satisfecha, y usted y su hija podrian vivir tranquilas el resto de sus dias; y si yo le mataba, me habia librado de un enemigo temible, porque es traidor y cobarde.

—¿Olvida usted, caballero, que ese secreto que tanto pesa sobre su conciencia, no lo sabe solamente el conde de la Fe?

—Desgraciadamente eso es verdad, señora; pero lo es también, que aquellos que lo saben tienen gran interés en que no se divulgue, y que el único hombre temible es el conde de la Fe, á quien es preciso poner fuera de combate con la astucia.

—No comprendo.

—Sólo trato de ganar tiempo, y para eso es preciso que el conde conciba la esperanza de que accedemos á sus imposiciones.

Y como la marquesa hiciera un movimiento de disgusto, el general añadió:

—No trato de ocultar á usted mi plan; necesito ganar tiempo, inspirar alguna confianza al conde para obligarle á que se bata conmigo á muerte, y es preciso que usted me ayude.

—¿Trata usted de proponerme alguna infamia?

—Trato de asegurar la felicidad de mi hija á costa de mi vida, cuyo peso me abrumba; trato de librarla de un enemigo temible, y si no por mí, por ella es preciso que usted acceda á mis deseos.

—¿Y qué debo hacer?

—Muy poco, señora: recibir con amabilidad al conde de Labra si viene á visitar á usted, haciéndole concebir una esperanza de que no será difícil que un día llegue á ser el esposo de Clotilde.

La marquesa guardó silencio durante algunos segundos.

Habia comprendido el plan de su esposo, y meditaba el camino que debía seguir.

—¿Me propone usted que represente una farsa?...

—Ya he dicho á usted que sólo trato de la felicidad de mi hija, que me cansa la vida, y que quiero librarle de un enemigo terrible. Necesito, pues, emplear la astucia para lograr mis deseos. Yo soy el único culpable aquí; justo es que yo cumpla como debo, librando á ustedes de mi odiosa presencia.

En las palabras, en el tono con que las pronunciaba el general, se notaba la profunda conviccion del hombre que está dispuesto á sacrificarse.

—¿Cuánto tiempo ha de durar el papel que usted quiere que yo represente?

—Ménos de treinta dias.

—¿Y luego quedará asegurada la felicidad de mi hija?

—Yo lo juro. Clotilde nada tendrá que temer, porque Daniel ha dado pruebas de ser tan generoso con ella, que no debe inspirarle el menor recelo.

—No me inspira Daniel ningun recelo, porque tiene un alma tan bella, que seria difícil encontrar otra que le superara.

—Veo, marquesa, que es usted justa con ese pobre y desgraciado jóven.

—Sólo por él vivo bajo el mismo techo del hombre que más desprecio en la tierra.

El general ahogó un suspiro, y dijo:

—¿Puedo confiar en que secundará usted mis deseos?

- Lo haré por mi hija, caballero.
- Doy á usted las gracias, marquesa.
- Cuando Ernesto se presente será bien recibido.
- Sólo eso deseo.
- Pero Clotilde...
- Pienso verla en este mismo momento, y pedirle igual sacrificio. Se trata de la honra de su padre, y creo que no me negará esa pequeña violencia, que despues de todo, á nada la compromete.
- Y el general, saludando respetuosamente á la marquesa, salió de la habitacion.

CAPÍTULO IV

Una gota de bálsamo

El general se dirigió al gabinete de su hija.

Clotilde estaba sola, escribiendo una carta á su hermano Daniel.

La voz de su padre la distrajo de aquella dulce ocupacion.

Levantó la cabeza, fijó en el general una mirada risueña; pero comprendiendo que algo grave sucedia por la seriedad y palidez de su semblante, se levantó y corrió al encuentro de su padre.

—¿Qué tienes? ¿estás malo?—le dijo dándole un beso.

El general estrechó á Clotilde contra su pecho, la devolvió el beso en la frente, y despues de contemplarla un momento con paternal ternura, la dijo:

—Bendita seas tú, hija mia, que olvidando el daño que te ha causado tu padre, le amas siempre.

Y el general condujo á su hija hasta un sofá, donde se sentaron los dos.

—Te prohibo que vengas á entristecerme con historias pasadas. Ahora precisamente estaba escribiéndole á mi hermano, dándole muy buenas noticias. Espera, te leeré lo que llevo escrito.

Y Clotilde corrió á su mesa, cogió la carta, y volvió á sentarse al lado de su padre.

El general no apartaba los ojos de su hija, como si el contemplarla le causara un dolor infinito.

Clotilde comenzó á leer con dulce y sentida entonación:

«Mi querido Daniel: La ausencia no es el olvido, pues tu recuerdo, vivo está en mi corazón. Para verte, me basta cerrar los ojos. Pero tú quieres vivir separado de mí; yo me resigno; aunque lo siento con toda el alma, esperando que con el tiempo se desvanecerá el error en que vives, pues todos aquí te amamos, lo mismo yo, que el general y la marquesa, pues sería injusto se desconociera lo hermoso de tu corazón.»

Clotilde se detuvo, miró á su padre, y dijo:

—¿Tienes algo que decir de este párrafo?

—No, hija mía, no; continúa; la lectura de esa carta me hace bien.

Clotilde continuó:

«Hoy estoy contenta, muy contenta, Daniel mío, porque abrigo la esperanza de que mi padre me concederá permiso para que vaya á verte, acompañada de mi hermana del corazón Blanca y mi querida aya doña Mercedes.»

»Además, tengo que darte una buena noticia. El duque de San Plácido, que es tan bueno y tan generoso como siempre, al regresar de su viaje de Alemania me preguntó por tí con mucho interés, y diciéndole que te habías desterrado á Horche voluntariamente, me ha ofrecido hacerte una visita, y lleva la esperanza de persuadirte que vuelvas á Madrid.

»Seguramente te hablará el duque de un asunto que debe causarte gran admiracion, perteneciente á mi querida amiga Blanca de Monforte. No quiero anticiparme, diciéndote lo que el duque tendrá un placer en referirte.

»Yo me rio anticipadamente de pensar la admiracion y los comentarios que harán las señoritas de ese pueblo, cuando vean llegar á dos muchachas como Blanca y yo, y que se instalan en tu casa.

»De seguro que no formarán muy buena opinion de nosotras; pero ¡qué me importa! á mí me basta con que tú sepas que yo puedo besar tu frente sin perder la pureza de mi corazon.

»Yo te agradecería con toda mi alma, que cuando me escribas dedicaras en tus cartas algun párrafo á mis padres, que no te olvidan; pues tu sublime generosidad, no sólo lo ha sacrificado todo por mí, sino que ha contribuido á que vivamos todos bajo un mismo techo; ¡todos, ménos tú, que es nuestro gran dolor!...»

Clotilde volvió á suspender la lectura, y el general le dijo enjugándose las lágrimas:

—Continúa, hija mia.

—No he escrito más; tu llegada interrumpió mi es-

critura; pero luego la concluiré; falta poco y me queda tiempo.

El general cogió una de las manos de su hija, y mirándola al rostro con fijeza, la preguntó:

—Clotilde, respóndeme la verdad: ¿me amas lo mismo que antes de que conocieras á Daniel?...?

—Te amo más, padre mio; porque entonces era yo una muchacha loca y aturdida, y hoy sé que eres desgraciado y necesitas más que antes del cariño y del amor de tu hija.

El general abrazó á Clotilde y comenzó á llorar.

—¿Pero á qué vienen estas lágrimas?...

—Son lágrimas de placer, porque hace mucho tiempo que no he disfrutado un momento más feliz que este; tú, hija mia, eres mi único consuelo... ¡Bendita seas!

Y el general continuó exhalando sollozos y derramando lágrimas.

Clotilde enjugó con tierna solicitud los ojos de su padre.

Estaba verdaderamente conmovida, porque las lágrimas en los ojos de un hombre como el general Lostan, que tantas pruebas habia dado de valor, causan más profundo efecto que en los de una débil mujer.

Quando logró tranquilizarle con sus cariñosas y consoladoras palabras, volvió á continuar del modo siguiente el diálogo interrumpido:

—Hija mia,—la dijo,—acabo de tener una entrevista con tu madre, porque de ella y de tí necesito el auxilio en estos momentos. El conde de la Fe, sin otro

objeto que el de turbar mi paz doméstica, me exige que conceda tu mano al baron de Labra.

Clotilde hizo un brusco movimiento.

—Tranquilízate,—se apresuró á decir el general;—sé que no le amas, y yo no violentaré nunca tu voluntad; pero necesito engañar al conde algunos dias, hacerle concebir la esperanza de que se realizarán sus exigencias, y espero que, aun causándote alguna violencia, secundes mis planes.

—Padre mio, tú sabes que yo no sé fingir. Ernesto de Labra me inspira una gran repugnancia; él puso en grave peligro la vida de Daniel con sus atrevidas pretensiones á mi mano, sin que yo le haya dado la menor confianza.

—Sí, sí, lo sé, querida Clotilde; pero si no por él, por mí, yo te suplico que te resignes á soportar este pequeño sacrificio que te impongo.

—Pero bien; ¿qué quieres que yo haga?...

—Tú no ignoras, hija mia, que el conde de la Fe es un enemigo irreconciliable mio, que posee mi secreto, y que puede hacerme mucho daño.

—¡Ah! ¡el conde de la Fe debe ser un hombre muy malo!...

—Y tanto, Clotilde, que es preciso evitar que descargue sobre mí el terrible golpe con que me amenaza.

—¡Dios mio! ¡un nuevo peligro!...

—Escucha, hija mia: tú sabes que el conde de la Fe, aunque sabia el parentesco que te unia con Daniel, alentó su desgraciada pasion, y que faltó poco para hacerlos terriblemente desgraciados. El conde es, por lo

tanto, un enemigo temible, que nos conviene tener de nuestra parte. Yo te ruego, que si Ernesto te importuna con sus galanterías, no le muestres un marcado desvío. Te lo suplico. Este martirio que te impongo no será largo. Nada más puedo decirte.

Clotilde, aunque con algún pesar, prometió á su padre complacerle.

El general, contento de su hija, cuya condescendencia le permitia llevar á cabo su plan, la besó en la frente, despidiéndose de ella.

Clotilde se quedó pensativa, sin adivinar el pensamiento de su padre.

—Manda que enganchen mi coche; voy hacer una visita al conde de la Fe.

Santiago miró con algún recelo á su amigo.—
—Tranquilízate.—añadió el general sonriendo;—
jamás mi antiguo amigo el conde de la Fe habrá visto
al general Lostán más indolente, más humilde, que va
á verle esta tarde.

CAPÍTULO V

Y suspirando, á las diez de la noche, cuando ya
—La hora del combate—muerte no ha llegado aún;
á esta calma seguirá la tempestad... ¡Que enganchen
el coche!

Una hora después de haber salido el conde de la Fe, que se hallaba
aún en su biblioteca, recibió una tarjeta del general
Lostán, en la que le suplicaba le concediera una entre-
vista en el acto.

Fingimiento

El general volvió á su gabinete, y dejándose caer
en una butaca, murmuró en voz baja:
—Esta farsa me costará un gran sacrificio; pero mi
venganza será terrible. ¡Sí, es preciso... la lucha se ha
prolongado durante mucho tiempo, y debe concluir, y
concluirá!...

El general permaneció algunos minutos pensativo.
Parecía como si no se resolviera á tomar la resolución
que germinaba en su mente.

Su carácter impetuoso é irascible se amoldaba mal
con el disimulo y el fingimiento; pero conociendo que
era preciso emplearle para conducir al conde al terreno
que deseaba, se decidió por fin, y tiró del llamador de
la campanilla.

Santiago se presentó.

—Manda que enganchen mi coche; voy hacer una visita al conde de la Fe.

Santiago miró con algun recelo á su amo.

—Tranquilízate,—añadió el general sonriendo;—jamás mi antiguo amigo el conde de la Fe habrá visto al general Lostan más inofensivo, más humilde, que va á verle esta tarde.

Y suspirando, añadió:

—La hora del combate á muerte no ha llegado aún; á esta calma seguirá la tempestad... ¡Que enganchen el coche!

Una hora despues, el conde de la Fe, que se hallaba aún en su biblioteca, recibió una tarjeta del general Lostan, en la que le suplicaba le concediera una entrevista en el acto.

El conde se estremeció, porque conociendo el carácter del general y no olvidando la carta que pocas horas antes le habia enviado, nada bueno le auguraba aquella visita.

Lorenzo, de pié, delante del conde, esperaba una respuesta.

El conde hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—No me parece muy prudente recibir á ese perro rabioso; despues de la carta que le he enviado, debe estar hecho una fúria.

—Por el contrario, señor; jamás me ha parecido el general tan humilde, tan abatido...—contestó Lorenzo.

—¿Has recibido tú al general?..

—Sí, yo en persona.

—¿Y dices que está abatido?

—Creí notar en su semblante síntomas de un gran decaimiento. Me preguntó con mucha calma por el señor, y le dije que, aunque estaba en casa, ignoraba si recibia; y entonces me dijo:

—Tenga usted la bondad de enterarse si puede recibirme; me urge mucho verle: deseo terminar con él un asunto de la mayor importancia, antes de emprender mi viaje á América.

—¿Se marcha á América?

—Así me lo dijo.
—¿Y dices que no demostraba ningún síntoma de cólera?

—Ninguno.

—Sin embargo, no me fio mucho.

—El señor conde no debe abrigar el menor recelo, puesto que yo no le perderé de vista, y me tendrá á su lado para defenderle tan pronto como me necesite.

—Pues bien; condúcele á mi gabinete, y luego te ocultas en la alcoba. En mi mesa de noche hallarás un par de pistolas; ármate con ellas por si es necesario. El general no es un enemigo despreciable, y no debo fiarme mucho de su calma despues de la carta que le he escrito.

Lorenzo salió.

Poco despues, el general Lostan esperaba al conde de la Fe en su gabinete.

El conde, á pesar de la confianza que le inspiraba Lorenzo, sacó de uno de los cajones de la mesa de la biblioteca un pequeño rewolver de bolsillo de seis ti-

ros, le examinó con detención y lo guardó en uno de los bolsillos del pantalón.

Luego se dirigió al encuentro del general, no sin sentir alguna inquietud.

Al entrar en el gabinete, el general, que le esperaba de pié, le saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Ruego á usted me perdone,—dijo el conde, saludándole á su vez,—si le he hecho esperar.

—Nada de eso, caballero; pues el asunto que aquí me conduce es tan importante, que le agradezco me haya concedido la honra de recibirme, pues de este modo le terminaremos pronto.

Y como el conde hiciera otro movimiento de cabeza como afirmando sus palabras, el general añadió:—

—Ya supondrá usted, que me conduce á su casa la carta que hoy me ha escrito.

—Sí lo supongo, general, como asimismo supongo que vendrá usted á proponerme un desafío,—añadió el conde, que continuaba bastante sobresaltado.

—Supone usted muy mal, caballero. A pesar del estilo insultante de la carta, y contra mi costumbre, vengo de paz.

—¡De paz!... me parece muy extraño, general,—dijo el conde.

—Los años, señor conde, no pasan en vano.

Y sonriéndose de un modo que demostraba una perfecta tranquilidad, añadió:

—En otro tiempo, la carta que usted me ha escrito hubiera sido suficiente motivo para exigirle á usted

una satisfaccion con las armas en la mano; pero hoy pienso de otro modo, y vengo con la rama de oliva en la mano como los antiguos galos; es decir, de paz.

El conde no apartaba sus ojos del rostro del general, estudiando todos sus movimientos.

Notábase en la fisonomía del viejo aristócrata una gran desconfianza, que no pasaba desapercibida para el general.

—No me admira que le sea á usted extraña mi calma y mi frialdad,—añadió don Pedro.—Confieso que algunos párrafos de la carta, al pronto excitaron mi ira; pero luego reflexioné, y comprendí mi verdadera situacion. Por otra parte, dejando á un lado la forma de la epistola, la proposicion que encierra no deja de ser ventajosa: Ernesto es jóven, lleva un apellido ilustre, y será con el tiempo inmensamente rico. Conozco que mi hija no le ama con tanta pasion como amó Eloisa á Abelardo; pero de estos matrimonios, que podemos llamar indiferentes, se ven muchos en estos tiempos.

—¿De modo, señor general, que usted acepta mis proposiciones?...

—Sí, las acepto, y procuraré inclinar el ánimo de mi hija en favor del baron de Labra, esperando que él por su parte procurará ganar algún terreno en el corazon de Clotilde.

—Celebro, general, verle á usted tan dispuesto á labrar la felicidad de mi protegido; porque Ernesto ama de veras á Clotilde, y aunque en otro tiempo fué un poco calavera, arrepentido de sus pasadas locuras,

espera purificarse por medio de su enlace con Clotilde.

Y el conde se sonrió de un modo natural cuando pronunció estas palabras.

—¡Ah! los años, señor conde, enfrían la sangre de nuestras venas,—repuso el general.—El tiempo no pasa en vano, y las canas templan las pasiones. Yo he leído con más sentimiento que ira la carta que usted me ha escrito. Quiero, pues, poner término á una lucha que me agobia, que me fatiga, y en la que todos mis esfuerzos no lograrían concederme la victoria. Seamos, pues, si no amigos, aliados en esta ocasion. Suspendamos por un momento las hostilidades, y corriendo un espeso velo sobre el pasado, no nos ocupemos de otra cosa que de asegurar la felicidad de mi hija y del baron de Labra.

El conde comenzaba, aunque con mucho trabajo, á creer sinceras las palabras del general.

El cambio que el carácter de aquel hombre habia sufrido, era notable.

Un resto de desconfianza quedaba en el corazon del viejo aristócrata, y quiso poner á prueba la humildad de su antiguo y terrible enemigo.

—Yo acepto gustoso la paz que usted me ofrece, general,—repuso el conde, sin apartar sus ojos de don Pedro,—y me felicito por ello, pues para mí hubiera sido muy doloroso publicar en los periódicos, bajo mi firma, la historia de la infortunada Angela. Comprendo que este paso hubiera sido fatal para usted, pues preciso es confesar que la conducta del esposo de Angela no fué de las más decentes.

—Señor conde,—añadió el general,—ruego á usted que demos al olvido el pasado.

—Sólo lo he traído á la conversacion presente, para demostrar á usted que, en caso de un rompimiento, tengo poderosas armas para defenderme.

—Nunca he desconocido el poder de esas armas,—repuso el general, inclinándose para disimular la rábía que devoraba su pecho,—y por eso rindo las mias y pido la paz.

—Verdaderamente seria muy grave,—volvió á decir el conde, gozándose en la humillacion de su enemigo,—dar publicidad á ciertos hechos, que á usted más que á nadie conviene que permanezcan en el mayor silencio.

El general hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y tendiendo una mano al conde, añadió:

—Seamos, pues, amigos. Esta es mi mano.

—Y esta la mia, general.

—Olvido del pasado.

—Sí, pero no olvide usted su ofrecimiento del presente.

—Doy á usted mi palabra, y para sellar esta alianza, le autorizo á usted para que se presente el jueves próximo con su protegido en mi casa, pues tengo entendido que mi esposa la marquesa inaugura sus reuniones de confianza.

—No faltaremos.

—Parto, pues, con la seguridad de que me llevo la palabra de un caballero.

—Yo me quedo con la misma seguridad.

Aquellos dos hombres, que se odiaban de muerte, se estrecharon las manos como dos buenos amigos.

—Cuento con el silencio del conde de la Fe,—dijo el general.

—Yo con la palabra del general Lostan,—repuso el conde.

El conde acompañó al general hasta la antesala, en donde por segunda vez se estrecharon las manos.

Cuando el conde entró en su gabinete, Lorenzo salía de la alcoba.

—¿Qué opinas de esta entrevista?—le preguntó.

Lorenzo hizo una mueca, un movimiento de hombros, y dijo:

—Que todas las protestas de fidelidad y alianza que ha hecho el general, me parecen bastante extrañas.

—Tambien á mí me han causado un gran asombro.

—Me atreveria á aconsejarle al señor conde que no diera mucho crédito á la promesa del general.

—He procurado estudiar su fisonomía mientras hablaba, y no he notado nada que me llamara la atención. ¿Estará el general verdaderamente arrepentido?

—Lo dudo, señor: los hombres como el general, ni se arrepienten ni olvidan los agravios que reciben de sus enemigos. Vivamos alerta.

—Tu advertencia es prudente, y la admito; pero si todo lo que acaba de decirme el general es fingido, te confieso con franqueza que no adivino la causa.

—Eso es precisamente lo que nosotros debemos hacer, averiguar el motivo de su notable cambio de carácter.

—Tal vez el miedo que le inspira el que yo divulgue su secreto.

—Señor, vivamos alerta, y el tiempo hará la luz en este asunto.

—Sí, dices bien, vivamos alerta,—repuso el conde, tomando una actitud meditabunda.

CAPÍTULO VI

Preparativos

Quando el general Dostan entró en su gabinete, dejándose caer sobre los almohadones, dijo al cochero:

—A casa.

Y al partir al trotó la berlina, se llevó una mano al pecho, y haciendo rechinar con rabia los dientes, murmuró en voz baja:

—¡Ah! todas mis culpas deben haberse rechinido con el inmenso sacrificio que acabo de hacer... ¡qué dios tan grande!... ¡qué placer tan infinito si hubiera podido estrangularte entre mis manos!... ¡Yo sentía estallar mi corazón, mientras fingía la más cordada humildad!... ¡Qué difícil es para ciertos caracteres la hipocresía y el disimulo!

Das lágrimas de fuego brotaron de los ojos del general, quemándole, al resbalar por el rostro, la piel de sus mejillas.

—Tal vez el miedo que le inspira el que yo divi-
 que en secreto.
 —Señor, vivamos alerta y el tiempo hará la luz
 en este asunto.
 —Sí, dices bien, vivamos alerta,—repuso el conde,
 tomando una actitud meditabunda.

CAPÍTULO VI

Preparativos

Cuando el general Lostan entró en su carruaje, dejándose caer sobre los almohadones, dijo al cochero:

—A casa.

Y al partir al trote la berlina, se llevó una mano al pecho, y haciendo rechinar con rabia los dientes, murmuró en voz baja:

—¡Ah! ¡todas mis culpas deben haberse redimido con el inmenso sacrificio que acabo de hacer!... ¡qué dicha tan grandel!... ¡qué placer tan infinito si hubiera podido extrangularle entre mis manos!... ¡Yo sentía estallar mi corazón, mientras fingía la más cobarde humildad!... ¡Qué difícil es para ciertos caracteres la hipocresía y el disimulo!...

Dos lágrimas de fuego brotaron de los ojos del general, quemándole, al resbalar por el rostro, la piel de sus mejillas.

La lucha que acababa de mantener consigo mismo, habia sido grande, titánica.

Nada tan doloroso para un hombre enérgico, como aparecer débil y medroso ante un enemigo que odia de muerte y tiene la costumbre de vencer.

—¡Llegará el día de mi venganza!—repitió el general;—¡sí, llegará, aunque tenga que arrastrarme á los piés de ese hombre, que tanto ódio!... Es preciso atraerle hácia mí, inspirarle confianza, conducirle á un sitio donde ni pueda escapárseme ni esquivar mis golpes, y entonces... ¡ah, entonces mi satisfaccion, mi gozo será inmenso!...

Una sonrisa terrible entreabrió los trémulos labios del general: era la sonrisa del que se goza de antemano con la venganza que acaricia en su alma, sonrisa infernal que turba la paz del sueño, que agosta la juventud, que mata la felicidad.

El general se hallaba tan preocupado en sus meditaciones, que no se apercibió de que el coche habia entrado en el portal de su casa y parado junto á la escalera.

Santiago, que esperaba con impaciencia á su amo, abrió la portezuela, y entonces el general se apercibió de que estaba en su casa.

El ayuda de cámara comprendió la terrible tempestad que germinaba en la mente de su amo.

Subió detrás de él la escalera sin dirigirle la palabra; llegaron al gabinete; don Pedro arrojó el sombrero sobre una silla, dejóse caer sobre una butaca, y se cubrió el rostro con las manos.

Santiago, de pié, á una distancia respetuosa del general, permaneció inmóvil y mudo como una roca.

Trascurrieron algunos minutos.

Por fin, el general apartó las manos de la cara, y levantó la cabeza para mirar á Santiago.

Estaba pálido, con la frente sudorosa y los ojos enrojecidos.

—He sufrido mucho, Santiago,—dijo por fin el general;—acabo de pasar por la más grande humillación de mi vida. Si me hubieras oído, hubieras dicho: «¡este no es el general; yo no le conozco!...»

Aquí hubo una nueva pausa.

Santiago aún no se atrevía á dirigirle la palabra.

De repente, el general levantó los puños cerrados con ademán amenazador, sonrió de un modo extraño, y volvió á decir:

—Toda la ira, toda la cólera, toda la rábía que encierra mi corazón, llegará un día que la pueda arrojar sobre el rostro del conde de la Fe. Yo te lo prometo... yo te lo juro: he de gozarme en su agonía. Mi venganza no está lejos, y quisiera inventar algún tormento que superara á los antiguos sacrificios que empleaban los francos para calmar la ira de sus terribles dioses.

El general terminó su discurso con un rugido; las arrugas de su alta y despejada frente se marcaron con más fuerza, y sus ojos despidieron miradas feroces.

—He visto al conde de la Fe,—añadió el general;—me he presentado ante él con gran humildad, como el hombre que, cansado de luchar, se confiesa impotente y pide la paz: tú me conoces, y puedes calcular lo que

habré sufrido. Pero era preciso que le inspirara confianza; de ese modo, le conduciré adonde yo quiero, adonde no pueda escapárseme, y entonces todo habrá concluido para él y para mí.

Santiago se estremeció, adivinando los planes de su amo.

Como Santiago guardaba silencio, el general volvió á decir:

—Tú has sido siempre un leal servidor; me has prestado grandes servicios, y por eso, sin duda, la marquesa te tiene poco afecto. Sé de positivo que el día que yo faltara te despediría sin miramiento de casa. Para evitar esa injusticia, quiero dejar asegurado tu porvenir.

—Nunca me he ocupado de mi porvenir,—contestó Santiago;—sirvo con lealtad á mi señor, sin ocuparme de otra cosa. El día que el general necesite mi vida, puede pedírmela con la seguridad de que se la daré sin pronunciar una queja.

—Lo sé, Santiago, lo sé; no tienes que repetírmelo. Aún me puedes prestar grandes servicios, que yo no olvidaré.

Y el general, pasándose la mano por la frente como para renovar sus ideas, repuso:

—Ya comprenderás, pues me conoces, que la humillacion que hoy me he impuesto responde á una causa.

Santiago hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Nunca he tenido secretos para tí: cierra, pues, esa

puerta, porque tenemos que hablar de asuntos muy graves.

El ayuda de cámara obedeció.

El general, despues de una pausa, durante la cual reconcentró su pensamiento, volvió á decir:

—Dos horas despues de mi muerte...

Santiago se estremeció al oír el modo como comenzaba el general.

—Dos horas despues de mi muerte,—volvió á decir don Pedro,—te dirigirás al pueblo de Horche, y entregarás á Daniel un pliego, que te daré á su tiempo para él; tambien te entregaré otro para tí, que no abrirás hasta el dia en que yo deje de existir.

—Pero, señor...

—No me interrumpas, Santiago. Tengo formada una firme resolucion, y nadie me hará desistir de ella. Ten presente los dos encargos que acabo de indicarte, y pasemos á otro.

Y el general Lostan, suspirando con fuerza como si quisiera quitarse un gran peso del pecho, volvió á decir:

—Es preciso que me busques y alquiles una casa de campo en las cercanías de Madrid, en un sitio que no pueda inspirar sospecha, y si es posible, que se halle situada en medio de un jardin para que se vea libre de las miradas de los curiosos.

Santiago comenzaba á comprender que en la mente de su amo iba germinando la idea de un crimen.

—Recuerdo perfectamente el mal éxito que tuvo nuestro asunto en la Casa Blanca. El doctor Samuel

se libró, tal vez por la soledad del sitio donde se le condujo. En un paraje poco frecuentado, llama la atención la cosa más pequeña. Si hay en la Castellana algún chalet, alguna de esas bonitas casas de campo recientemente construidas, alquilala por tres, por seis meses; me es igual.

—Cumpliré las órdenes del señor general,—dijo Santiago.

—Dispondrás una habitación; el comedor, por ejemplo: pienso invitar al conde á que almuerce un día conmigo, y este día, yo te prometo que será el más feliz de mi vida. Ahora véte, déjame solo: nada más tengo que encargarte; cumple mis órdenes, y no pierdas el tiempo.

Santiago iba á retirarse, cuando el general le detuvo diciendo:

—¡Ah! me olvidaba; espera. Irás á casa de mi agente de negocios: dile que tengo necesidad de verle esta misma noche, pues quiero realizar mañana mismo una cantidad de papel del Estado.

Santiago salió.

El general, despues de dar algunos paseos por la habitación, volvió á sentarse junto á su mesa de despacho, y dijo cogiendo la pluma:

—Es preciso aprovechar las horas. Antes de abandonar para siempre la tierra de los hombres, debo escribir algunas cartas, para probar á mis hijos que no se ha extinguido en mi corazón el cariño paternal.

Don Pedro meditó un momento, y luego, arrojando la pluma con desaliento sobre la mesa, murmuró en

voz baja, dejando caer la frente sobre las palmas de las manos: — ¡Ah! no, no hay palabras con que escudar mi crimen. La mancha que yo mismo arrojé sobre mi frente, ni aun podrá borrarla el polvo del sepulcro.

— ¡Complé las órdenes del señor general! — dijo Santiago.

— Disponerá una habitación; el comedor, por ejemplo; pídale invitar al conde á que almence un día conmigo, y este día, yo te prometo que será el día feliz de mi vida. Ahora véte, déjame solo; nada más tengo que encargarte; cumple mis órdenes, y no pierdas el tiempo.

Santiago iba á retirarse, cuando el general lo detuvo diciendo:

— ¡Ah! me olvidaba; espera. Irás á casa de mi gente de negocios; dile que tengo necesidad de verte esta misma noche, pues quiero realizar mañana mismo una cantidad de papel del Estado.

Santiago salió.

El general, después de dar algunas paces por la habitación, volvió á sentarse junto á su mesa de despacho, y dijo cogiendo la pluma:

— Es preciso aprovechar las horas. Antes de abandonar para siempre la tierra de los hombres, debo escribir algunas cartas, para probar á mis hijos que no se ha extinguido en mi corazón el cariño paternal.

Don Pedro meditó un momento, y luego, arrojando la pluma con desdén sobre la mesa, murmuró en

Julio se estremeció; guardó silencio algunos segundos, como si tentara dirigir la palabra á su hermano.

—Pero por fin, haciendo un esfuerzo, añadió:

—¿Qué desgracia es esa que me anuncias?

—Tú sabes que el barón de Labra ha solicitado la mano de Clotilde.

—Sí; pero también sé que Clotilde rechaza con el mayor desprecio á ese pretendiente. Y en cuanto al ge-

neral y la mirada que me lanzas, ¿piensas violentar en modo alguno á su hija.

—Estás en un error.

—¿Cómo?

—Debe haber algo en el mundo que ni Clotilde ni yo hemos podido explicar.

—Habla por Dios, porque ya supondrás que me devora la impaciencia.

Julio, al retirarse por las noches á su casa, tenia la costumbre antes de acostarse de entrar en la habitación de su hermana.

La noche que nos ocupa, al entrar Julio en el gabinete de Blanca, la encontró sentada junto á su velador con un libro sobre las rodillas y la mirada tristemente fija en el suelo.

Al ver á su hermano, no pudo contener un grito, y dijo:

—Te esperaba con impaciencia, Julio.

—¿Qué ocurre?—preguntó con interés el jóven.

—He pasado la tarde y parte de la noche en casa de Clotilde, y hemos llorado mucho, hermano mio, mucho, porque nos amenazá una nueva desgracia.

Julio se estremeció; guardó silencio algunos segundos, como si temiera dirigir la palabra á su hermano. Pero por fin, haciendo un esfuerzo, añadió:

—¿Qué desgracia es esa que me anuncias?

—Tú sabes que el baron de Labra ha solicitado la mano de Clotilde.

—Sí; pero tambien sé que Clotilde rechaza con el mayor desprecio á ese pretendiente. Y en cuanto al general y la marquesa, me consta que no piensan violentar en modo alguno á su hija.

—Estás en un error.

—¿Cómo?

—Debe haber algun misterio, que ni Clotilde ni yo hemos podido explicarnos.

—Habla por Dios, porque ya supondrás que me devora la impaciencia.

—Ya te he dicho que he pasado la tarde y parte de la noche al lado de Clotilde.

—Sí, sí; continúa.

—Al principio, creí notar que mi amiga estaba más pálida que de costumbre y que había en su hermosa mirada una profunda tristeza. Sin embargo, fuí prudente, y nada le pregunté hasta que nos quedamos solas.

—¿Y entonces?...

—Entonces me senté á su lado, la cogí las manos, y despues de besarla en la frente, la dije: «Tú sufres, Clotilde; no me ocultes nada; dime lo que te sucede.» «Sí, sufró; soy muy desgraciada, me contestó: mi padre me ha pedido un favor con las lágrimas en los ojos; dice que de él depende su honra y la mia, y ese

favor, que yo no puedo negarle, despedaza mi corazón, mata mi felicidad, me hace sufrir mucho.»

—Y al decirme esto, Clotilde se arrojó en mis brazos, prorumpiendo en un amargo lloro. Su cuerpo de vez en cuando sufría vivos estremecimientos, y su virginal pecho se agitaba, impulsado sin duda por los latidos de su corazón. Yo me afanaba por tranquilizarla con mis caricias y con mis palabras, y pude por fin lograr que me revelara la causa de su pena.

—¿Y qué te dijo?—volvió á preguntar Julio con vivo interés.

—El general le ha exigido á su hija que reciba con algun interés y marcada deferencia al baron de Labra.

—¡Oh! pero ella habrá rechazado esa exigencia.

—Ya te he dicho, hermano mio, que segun el general, dependia su honra de la conducta que empleara su hija.

—¿Y Clotilde ha ofrecido?...

—Obedecer á su padre.

Julio dejó caer la frente sobre el pecho.

Parecia que la última palabra de su hermana habia sido su sentencia de muerte.

Blanca fijó su dulce mirada en Julio, y agitando con triste expresion la cabeza, repuso:

—¿Qué podia hacer Clotilde sino acceder á las súplicas de su padre? Pero tranquilízate, Julio; Clotilde no ama á Ernesto, y es muy difícil que se realice semejante enlace.

—Sí, ella no le ama, lo sé positivamente, porque

es incapaz de mentir. Pero si no tiene valor para resistir las súplicas de su padre, llegará un día en que sacrificarán su voluntad ó sus aspiraciones, á un enlace de conveniencia.

—No espero que llegue nunca ese día.

—¿Qué motivo tienes para afirmar lo que dices?

—El general sólo ha suplicado á su hija, que finja al baron de Labra por algunos dias cierta deferencia.

—Sí, pero mañana le suplicará que acepte su mano. Créeme, hermana mia; este no es más que un recurso ingenioso, empleado para conmover el sensible corazon de Clotilde.

Y Julio, haciendo un gesto expresivo, en que podia adivinarse la mayor desesperacion, añadió:

—Así es el mundo, así es la sociedad: raza de pigmeos, dispuesta siempre á rendir adoracion al becerro de oro. El general y la marquesa saben que Ernesto es un canalla, que lo ha sido siempre, que lo será toda su vida. No se pierden las malas mañas que se han alimentado dentro de nuestro sér, creciendo con nuestro cuerpo hasta los treinta años. Pero Ernesto tiene un tio inmensamente rico, de quien es heredero; llevará en dote algunos millones de reales, y esto es muy bastante para que lo olviden todo y se arriesguen á sacrificar su hija.

Y Julio, irguiendo la frente como si tomara en aquel instante una resolucion atrevida, añadió:

—Pero yo me opondré á esa venta infame; y si perezo en la demanda, habré demostrado á Clotilde que no soy un hombre desagradecido.

—¿Qué es lo que intentas?—preguntó Blanca, en cuyos ojos se pintaban el asombro y el temor.

—No te sobresaltes antes de tiempo.

—Es que yo tengo derecho á saber hasta el último de tus pensamientos.

—Sí, es verdad, puesto que desde niños nos los hemos comunicado.

—Díme, pues, lo que intentas.

—Sospecho que se trata de sacrificar á Clotilde. Hoy, con el pretexto de una cuestion de hoara, le suplican que reciba con amabilidad y agrado al baron de Labra. El baron irá todas las noches á verla. Durante estas frecuentes visitas, procurará ir conquistándose poco á poco las simpatías de Clotilde, y más tarde sus padres, haciéndole comprender la ventaja de este enlace, acabarán tal vez por convencerla de que la conviene ser la esposa de Ernesto.

—¡Ah, hermano mio! los celos te ciegan: Clotilde no amará nunca á Ernesto, y no espero que su padre violento jamás su voluntad.

—Entonces, ¿cómo me explicas las exigencias del general y de la marquesa?

—Es un misterio, que Clotilde no puede descifrar.

—Todo esto me augura grandes desgracias para nosotros. ¡Dices que Clotilde no ama al baron, que no le amará nunca!

—Le aborrece con todo su corazón.

—Pues si el baron es un obstáculo para su felicidad, el deber, el agradecimiento, me aconsejan que rompa ese obstáculo.

—Julio, yo te suplico por el cariño que nos profesamos, por el purísimo amor que te inspira Clotilde, que no cometas una imprudencia, porque tal vez ella aumentaría las lágrimas de Clotilde en vez de enjuagarlas. Esperemos algunos días; tranquiliza tu espíritu, y fiando en la promesa del general Lostan, dejemos pasar el tiempo, hasta que nuevos acontecimientos nos aconsejen lo que debemos hacer.

—¿Tú olvidas, hermana mía, que una hora perdida puede costar la felicidad? ¿que en el camino de la vida no puede retrocederse lo andado? ¿que sólo suenan una vez para la criatura los minutos en el reloj de la existencia? Si Clotilde aborrece á Ernesto, ¿por qué he de consentir yo que se violente, fingiendo una simpatía que está muy lejos de sentir?

—Porque así lo aconseja la prudencia y el respeto que nos merece el general Lostan.

—Es que yo dudo de ese hombre, Blanca,—exclamó Julio con acento desesperado;—recuerda al pobre Daniel, al hombre que tanto amas y cuyo corazón noble y generoso no tiene igual. Pues bien; Daniel llegó un día á las puertas de casa de su padre á pedirle un poco de protección, y su padre, cometiendo un rasgo de inexplicable crueldad, le arrojó de su casa, cuando le debería haber abierto los brazos para recibirle en ellos.

—¡Oh! silencio, Julio, silencio,—repuso Blanca con espanto, y extendiendo las manos hácia Julio como si quisiera taparle la boca:—en el fondo de nuestros corazones descansa y debe descansar eternamente un secreto, que las circunstancias desgraciadas de una fami-

lia nos han depositado. Tus labios no deben pronunciar ni una palabra, ni una sola, que pueda hacer sospechar á los extraños ni remotamente este secreto. El general ha suplicado á su hija que finja algunos dias, que no rechace las galanterías de Ernesto, y aunque este fingimiento despedazará el corazón de Clotilde, una buena hija debe aceptar este sacrificio. ¿Seremos, pues, nosotros ménos fuertes, ménos condescendientes que nuestra amiga? No, Julio, no.

Julio, no sintiéndose con fuerzas para mantener una lucha de palabras con su hermana, guardó silencio.

Blanca le contempló con triste expresion, y cogiéndole luego una mano, que acarició entre las suyas, repuso de este modo:

—Yo tambien, como tú, hermano mio, paso largas y dolorosas horas de inquietud y de penosa melancolía. Yo tambien, como tú, siento en el fondo de mi alma crecer y ensancharse una pasion que llena por completo mi sér. Dificultades inmensas veo para realizarla; tal vez mi amor no sea nunca más que un sueño dorado de la juventud; pero este sueño permanecerá siempre puro, y hoy más que nunca, porque sé que Daniel es desgraciado.

Blanca se detuvo, exhaló un suspiro, y sin apartar la dolorosa mirada del rostro de su hermano, volvió á decir:

—Tú sabes que yo, pobre muchacha, sin más porvenir que el que pueda proporcionarme mi honradez y los desvelos de mi hermano, he tenido la fortuna de que fijara en mí su atencion un hombre rico, noble, gene-

roso, un hombre de esos privilegiados que se conquistan las simpatías de todos cuantos le tratan, y sin embargo, he tenido bastante valor y bastante franqueza para rechazar sus ofrecimientos. Pero el duque de San Plácido, hombre superior y distinguido, en vez de ofenderse conmigo, como hubiera hecho una organizacion vulgar, se ha admirado de mi conducta, y su única ambicion consiste en la dicha de llamarse mi hermano.

—Sí, tu conducta ha sido noble, poco comun, y el duque de San Plácido no podia ménos de admirarla. El corazon me dice que Dios no puede dejar sin recompensa á un alma que, como la tuya, está dispuesta á caminar al martirio con la sonrisa en los labios. Pero mi felicidad es casi imposible sobre la tierra; seria en mí un atrevimiento incalificable el solicitar la mano de la mujer que amo.

—¡Quién sabe! Espera y confía: Clotilde sabe tu pasion.

—Eso mismo es causa de mi desesperacion; eso me obliga á frecuentar ménos su casa, porque si ella me creyera capaz de miras interesadas...

—Calla, Julio, calla, y no ofendas á la hermana de mi corazon. Pero es muy tarde, estás agitado, y es conveniente que busques en el reposo la calma de tu espíritu. Dios no olvida á los buenos; Dios no puede olvidarnos á nosotros.

Y Blanca, acercando la frente para que la besara Julio, añadió:

—Buenas noches, hermano mio.

El viejo aristócrata era algo filósofo, conocía el mundo, y no ignoraba que hay momentos tan sublimes en la vida, sacudimientos tan profundos, que hacen cambiar por completo la organización moral de los individuos.

—'Tal vez el general... se debía...— se ha caído de mantener consigo una lucha convencida de que yo siempre llevaré la mejor parte. Desde el momento que yo rechazé el batirme con él con las armas en la mano, él comprendió que estaba vencido. Los años en-

CAPÍTULO VIII

frían las pasiones y templan el alma, y haciendo olvidar en reputación, creyendo sin embargo la honradez de que disfrutaban hoy sus conatos, les venido á rendirnos su parte, pidiéndome tréguas y alianzas.

El conde de la Fe había meditado largas horas sobre la conducta del general Lostan.

No podía acostumbrarse á creer verdaderas sus protestas de conciliación y sus actos de humildad.

Pero, por otra parte, conocía hacia muchos años al general Lostan, y sabía que el fingimiento, el disimulo y la hipocresía, esas tres hermanas que se anidan en las almas bastardas, no habían sido nunca patrimonio de su enemigo.

La conducta que había observado el general Lostan después de recibir la insultante carta del conde de la Fe, era para este inexplicable. Esperaba verle rugir como un león, y le encontró suspirando como un corzo moribundo.

Esta conducta, como hemos dicho, no tenía explicación para el conde de la Fe.

El viejo aristócrata era algo filósofo, conocía el mundo, y no ignoraba que hay momentos tan sublimes en la vida, sacudimientos tan poderosos, que hacen cambiar por completo la organización moral de los individuos.

—Tal vez el general,—se decía,—se ha cansado de mantener conmigo una lucha, convencido de que yo siempre llevaría la mejor parte. Desde el momento que yo rechacé el batirme con él con las armas en la mano, él comprendió que estaba vencido. Los años enfrían las pasiones y templan el brío, y deseando salvar su reputación, creyendo amenazada la honradez de que disfrutaban hoy sus canas, ha venido á rendirme su bandera, pidiéndome tregua y alianza.

Esto pensaba el conde, pero no tardaba mucho en rechazar este pensamiento, pareciéndole inverosímil. Astuto, receloso, desconfiado, con un corazón frío y un semblante impasible, se resolvió á esperar prevenido los acontecimientos, sin fiar mucho en las protestas del general.

A las altas horas de la noche, la fatiga le rindió y se entregó al sueño.

Al día siguiente, cuando tiró del llamador de la campanilla, cuando su ayuda de cámara se presentó en su dormitorio para vestirle, la primera idea que cruzó por la mente del conde de la Fe, fué el general Lostan, eterna pesadilla que le perseguía desde aquella noche fatal que en la modesta casa de campo de Villaverde supo la infamia de Margarita.

Apenas el conde se había vestido, cuando empeza-

OBRA TERMINADA

LAS FABULAS DE ESOPHO

Y DE GOTOLDO FRANK LESSING

TRADUCCION DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMAN

103

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBURGH Y D. EDUARDO DE MIER

VENDEDOR EN SU MAYOR REPERTORIO GUSTAVO ROBERT DE PABLO, Y EN NOTICIAS MIER
MIGUEL ROBERT LOS CERRADOS ESTORER

LIBRERIA EDITORIAL ILLUSTRADA CON MAS DE CINCUENTA REPRODUCCIONES GRAVADAS
Dedicada a los primeros artistas europeos

La opinion que ha merecido de la prensa en general este precioso libro,
nos da lugar a hacer elogios del mismo. Solo el decir que forma un ele-
mento tanto de saber como de placer, todas las edades, todas las clases,
pueden leerlo con placer.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

104

ANTONIO DE PADUA

Reproduccion de la obra de Antonio de Padua, ilustrada por el acreditado artista

D. FERNANDO PLAZAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN NIÑO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POB D. ERNESTO GARCIA LAVIDESA

Reproduccion de la obra de Ernesto Garcia La Videssa, ilustrada por el acreditado artista D. Fernando Plazas

OBRA TERMINADA

LAS FÁBULAS DE ESOPPO Y DE GOTOLDO EFRAIN LESSING

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO Y ALEMÁN

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH Y D. EDUARDO DE MIER

PRECEDIDAS DE UN ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO SOBRE LA FÁBULA, Y DE NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CITADOS AUTORES

MAGNÍFICA EDICIÓN ILUSTRADA CON MÁS DE CIENTO PRECIOSÍSIMOS GRABADOS DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS EUROPEOS.

La opinión que ha merecido de la prensa en general este precioso libro, nos dispensa el hacer elogios del mismo. Sólo si diremos, que forma un elegante tomo de sobre 250 páginas, todas ellas orladas, tamaño casi folio, en rico papel avitelado.

EL AMOR DE LOS PADRES

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

ANTONIO DE PADUA

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS

LA CARCAJADA

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO)

NOVELA DE COSTUMBRES

POR D. ERNESTO GARCIA LADEVESE

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista D. EUSEBIO PLANAS.